

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Los católicos preconciarios y su vínculo con la política en Argentina y Chile (1955- 1964). Un estudio comparativo.

Gomes, Gabriela.

Cita:

Gomes, Gabriela (2009). *Los católicos preconciarios y su vínculo con la política en Argentina y Chile (1955- 1964). Un estudio comparativo.* XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/642>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los católicos preconciliares y su vínculo con la política en Argentina y Chile (1955-1964). Un estudio comparativo.

Gabriela Gomes (UNGS)

Introducción

A continuación se presenta, desde una perspectiva comparativa, un análisis en la que se aborda el vínculo de un grupo de jóvenes católicos con la política en Argentina y Chile en el período 1955-1964. Este trabajo es de carácter introductorio, producto del primer acercamiento al tema en el marco de la Tesis de Maestría por tanto no se analiza fuentes primarias, sino que se limita a una revisión bibliográfica. Asimismo, el objetivo que se persigue en la presentación de este estudio, es arribar tanto a nuevas dimensiones de análisis como a nuevas preguntas de investigación que contribuyan al posterior desarrollo de la tesis.

Es pertinente aclarar que para el caso chileno nos centraremos en el estudio de los católicos que eran partidarios de los postulados social-cristianos, ya que era el sector cuyo vínculo con la política en el período en cuestión fue evidente. Asimismo, en Chile existieron en los años '30 y siguientes otros grupos de católicos con otras tendencias corporativistas, incluso seculares, pero que no son objeto en este trabajo. Por ejemplo, estaban los intelectuales de la revista católica *Estudios*, bajo dirección de Jaime Eyzaguirre, de naturaleza eminentemente humanística la cual se muestra como la máxima expresión del proyecto autoritario-corporativo en Chile.¹ Respecto del caso argentino, atendiendo la complejidad del campo católico, se hará especial énfasis en el estudio de aquellos jóvenes que se han vinculado con la política desde su militancia en la Acción Católica Argentina o en alguna de sus respectivas organizaciones, como así también se estudiará al sector

¹ *Estudios* se inicia a fines de 1932 y su publicación se prolonga casi interrumpidamente hasta 1957, cosa que no era habitual en las publicaciones mensuales de índole cultural de ese período, por esa razón la revista se convierte en un interesante objeto de estudio. Mas allá del heterogéneo círculo de colaboradores, había un grupo de articulistas como: Jaime Eyzaguirre, Osvaldo Lira, Julio Phillipi, Antonio Cifuentes, Alfredo Bowen, Clemente Pérez, Roberto Barahona, Jaime Jarrín, entre otros, que con una gran homogeneidad en lo doctrinario, serán los que en definitiva irán decidiendo sobre el discurso ideológico de *Estudios* (Catalán, 1985).

“renovador” de la Iglesia el cual fue disidente respecto de la jerarquía eclesiástica tradicional.

El período seleccionado (1955-1964) responde a que en aquellos años se asistió a una fuerte politización en ambos países sobre todo en los jóvenes a partir de su militancia en distintas agrupaciones católicas. En el caso argentino, esta politización se evidenció en los trabajos de base de los “curas obreros”, en la creciente militancia de la Juventud Universitaria Católica (JUC), la Juventud Obrera Católica (JOC) y la emergencia de partidos de tendencia social cristiana como la Unión Federal y el Partido Demócrata Cristiano. En el caso chileno, la politización se evidencia en la incorporación de gran parte del campo católico al Partido Demócrata Cristiano (PDC) y sus respectivas organizaciones de base. Entendemos que la manera en que los católicos se vincularon con la política en el periodo 1955- 1964 constituye un elemento clave para comprender la transformación de la mentalidad de amplios sectores del catolicismo, que los condujo a “tomar las armas” en un contexto de radicalización política.

Antes de comenzar es importante señalar que el periodo aquí estudiado debe ser contextualizado en un marco histórico internacional caracterizado por la disputa bipolar entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, en el marco de la Guerra Fría; por la crisis del ideario capitalista liberal; la renovación teórica marxista de la izquierda tradicional; las luchas anticoloniales en el Tercer Mundo; el triunfo de la Revolución Cubana; el retroceso del imperio estadounidense en Vietnam. En definitiva, resulta evidente que fue el periodo en el que comenzó a gestarse la radicalización política hacia la izquierda.

En los años 60, los “jóvenes” fueron el principal sector movilizadado que se incorporó al proceso de radicalización política. La juventud latinoamericana se hizo eco de la corriente mundial que cuestionaba el orden establecido. La Revolución cultural estuvo asociada a movimientos por mayor libertad, de ruptura con las formas legadas del pasado y la puesta en cuestión de valores tradicionales como la autoridad, los valores morales asociados al catolicismo y la familia. En este sentido, el cuestionamiento a la autoridad se evidencia en que la juventud comienza a descreer de las estructuras institucionales a las que considera no adaptadas al cambio, cuestiona los partidos políticos, las instituciones de bienestar social por su falta de “dinámica” para resolver problemas sociales, los gremios por su “burocracia sindical”, las Universidades por su falta de compromiso con las

cuestiones sociales y políticas de la época y aún a la Iglesia “preconciliar”. A su vez, esta suerte de “liberación” en los jóvenes se manifestó en la liberación sexual, en el surgimiento de los grupos *hippies* y de rock, en la masificación del uso de la marihuana y otras drogas; la utilización de anticonceptivos y del nuevo rol social de la mujer con la emergencia del feminismo que comenzó a ganar terreno en el campo laboral y político. En estos años una palabra que circuló comúnmente en diferentes ámbitos fue “revolución”. Los estudiantes del mundo se volcaron a las calles, protestando por la guerra de Vietnam y la invasión soviética a Checoslovaquia, el ejemplo más paradigmático fue el *Mayo Francés* de 1968.

En este contexto, dentro de la Iglesia Católica comenzaba a producirse el lento proceso de renovación y apertura a los problemas del mundo. Primero fue el papado de Juan XXIII² y la sorprendente convocatoria al Concilio Vaticano II, desarrollado entre 1962 y 1965. Sin embargo, este llamado al *aggiornamento* de la Iglesia, que implicaba una mayor “apertura” del catolicismo al mundo moderno, agudizó un conjunto de tensiones que estaban latentes desde tiempo atrás, aceleró los debates en el interior del mundo católico y provocó una fuerte división dentro de la Iglesia entre un sector renovador que adhería con entusiasmo a la convocatoria de Juan XXIII y un sector tradicionalista que, aferrado todavía a la concepción de raíz tomista según la cual la Iglesia era una “sociedad perfecta”, veía con desconfianza cualquier intento de diálogo entre ésta y el mundo moderno (Obregón, 2005:25). El Concilio significó una ruptura con las tradiciones y de apertura de un proceso de autocrítica que liberó fuerzas heterogéneas que se asociaron de modo diverso a otros movimientos intelectuales y políticos que tenían lugar en ese momento. Por caso el Concilio recogió los avances que ganó en el período la llamada *doctrina social*, una especie de sociología evangélica nacida en el interior de los claustros de la Iglesia. En los sesenta, la *doctrina social* no solo estaba en condiciones de proponer la conveniencia de acentuar la sensibilización hacia los sectores desfavorecidos de la sociedad atraídos por el marxismo, sino que logró persuadir de la necesidad de buscar una apertura y una captación de apoyos en la comunidad no creyentes. Tras la idea de que *todos somos el pueblo de Dios*, una de las prioridades de la doctrina fue determinada por el deseo de incorporar en los partidos

² La decisión del Papa Juan XXIII (1958-1963) de renovar el pensamiento de la Iglesia y someterlo a la confrontación con los problemas del nuevo mundo de la posguerra tendrían un efecto importantísimo para la legitimación de las corrientes progresistas. Las encíclicas “Mater et Magistra” (1961) y “Pacem in Terris” (1963), junto con el llamado al Concilio Vaticano II (1962-65) dieron motivo para que la Iglesia asumiera, aún tardíamente, los problemas de sus fieles del Tercer Mundo (Pontoriero, 1991: 10).

políticos católicos no confesionales una línea que recogiera los reclamos de mejoras en la vida material de las personas, un espacio que estaba ocupado, casi sin oposiciones ni competencias, por las formaciones comunistas.

Las democracias cristianas europeas creadas como freno al comunismo en la Europa de posguerra no tuvieron el mismo éxito en América Latina. Más aún en aquellos países donde crecieron como el caso de Chile, Venezuela y Uruguay, debieron radicalizar sus programas para hacer frente a los terribles desequilibrios sociales de dichos países. Lo que se conoció en Europa, más concretamente en Francia, Italia y en menor medida Alemania, como diálogo entre *católicos* y *marxistas* no fue un movimiento mayoritario sino que fue una problemática reducida a la modernización del pensamiento de algunos núcleos intelectuales cristianos que consideraban perfectamente lícita la cooperación política de grupos marxistas en virtud de lograr avances en las condiciones materiales de vida de las clases marginadas. En todo caso, este acercamiento derivó indirectamente en algunas expresiones políticas no confesionales como la Democracia Cristiana (Ponza, 2007, 273-280)³.

Podríamos situar este trabajo en el área de historia comparada a nivel regional del Cono Sur, que persigue la línea de los trabajos precursores de Gustavo Pontoriero (1991), José Pablo Martín (1992) y Gustavo Morello (2003), todos ellos han sido muy reveladores respecto al importante peso que en el periodo 1955-1966 tuvieron las ideas cristianas y las nuevas reflexiones teológicas impulsadas por el Concilio Vaticano II, lo cual abrió el camino para el proceso de radicalización.

Los católicos argentinos

A partir del derrocamiento de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955, se abrirá un período de dieciocho años en los cuales la tensión “peronismo-antiperonismo”

³ Respecto de la posición de los demócratas cristianos chilenos frente al comunismo, según Eduardo Frei combatir al comunismo no era una solución viable, dado que ambos partidos compartían preocupaciones por los sectores menos favorecidos. Reconocía que la única solución para apaciguar los males de la sociedad chilena era la convivencia o coexistencia pacífica entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista: ambos partidos debían llegar a un acuerdo, pues de otra manera la convivencia social se transformaría en una guerra civil permanente. Asimismo, Eduardo Frei consideraba que era preciso encabezar una acción común, un trabajo conjunto de cooperación entre el PDC y el Partido Comunista en pos de lograr avances positivos a favor del pueblo. Véase: Carta de Eduardo Frei, presidente del Partido Demócrata Cristiano a Luis Corvalán Lepe, secretario del Partido Comunista de Chile, en: (Frei, Tomic, Castillo, Arraigada; 1986: 162).

desarrollará un “juego imposible” (Cavarozzi, 1997). En este sentido, Argentina padeció una crónica inestabilidad política signada por la ilegitimidad de los gobiernos civiles y militares como consecuencia de la proscripción de la principal fuerza electoral del país: el Partido Peronista. Mientras que la mayor parte del movimiento obrero organizado y de los “sectores populares” industriales encontraban en el peronismo su expresión política; las capas medias, las distintas elites y el poder militar intentaron desarrollar experiencias “alternativas” a éste. En dicho período, cada vez que el peronismo era parcialmente legalizado y ganaba elecciones, le seguía una intervención militar tendiente a impedir su ingreso en el sistema político (Donatello, 2008). Esta situación generó una creciente espiral de radicalización y violencia en los ámbitos políticos -y una profunda politización del campo religioso.

En los años que transcurren entre 1955 y 1964, distintos sectores de la Iglesia tomaron contacto con otros sectores de la comunidad y radicalizaron sus posiciones. El surgimiento de estos grupos tiene su origen en la inserción social de muchos grupos católicos con militancia en ámbitos obreros, sindicales, estudiantiles, etc., que desarrollaron sus actividades en el marco de un proceso de radicalización creciente. El objetivo de este sector “renovador”, que surge al interior de la Iglesia, era fortalecer el acercamiento con los trabajadores y los pobres, en una línea distinta a la de la Iglesia identificada con el derrocamiento de Perón y unida invariablemente al poder.

Según Pontoriero (1991:9-11) la experiencia de los “curas obreros” fue iniciada entre el clero nacional a mediados de los años cincuenta⁴. Fuertemente influidos por la experiencia similar realizada por los curas obreros en la Francia de los años cuarenta, dirigieron sus acciones a compartir la misma vida de los trabajadores y sectores marginales de la Argentina industrializada. La experiencia del trabajo en las fábricas, con el compromiso consiguiente de involucrarse en los conflictos laborales, llevó a muchos de ellos a actuar sindicalmente. En la Argentina pos-55, acción sindical era sinónimo de una acción política muy definida. En este sentido, según el autor, los “curas obreros”, siempre fueron un núcleo pequeño (no más de 100) con respecto al total de sacerdotes en el país (unos 5.000). Asimismo, su influencia no fue tanto numérica como cultural ya que

⁴ La corriente tercermundista en la Argentina hunde sus raíces más profundas en la experiencia de los “curas obreros”. La acción de estos católicos en villas miseria y barrios obreros es el principal antecedente del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo entre 1967 y 1976.

encarnaron un modo nuevo de vivir la fe católica (Morello, 2007). La intensidad de su prédica tanto en las fabricas como en los barrios, así como los vínculos que establecieron con agrupaciones estudiantiles y otros sacerdotes, tuvo a largo plazo un efecto trascendental: preparó el terreno, para que las ideas del Concilio Vaticano II (1962-1965) tuvieran donde prender (Pontoriero, 1991: 9-10).

En el orden propiamente político partidario, después del golpe de 1955, siguiendo la línea de Jaques Maritain, surgieron dos partidos de inspiración cristiana: la Democracia Cristiana y la Unión Federal. Muchos Cuadros de la Acción Católica iniciaron su actividad política en las filas de la Democracia Cristiana⁵. El comportamiento electoral de ambos partidos fue poco significativo, ya que nunca trascendieron de su reducido círculo, siendo señalados por las masas populares como “los partidos de los curas”, teñidos por su origen pro-golpista y reaccionario. En Argentina mientras el Partido Demócrata Cristiano (PDC) apoyaba a los grupos más liberales de la Revolución Libertadora (Aramburu- Rojas), la Unión Federal (UF) jugaba su apuesta a Lonardi. En la puja entre ambas corrientes católicas prevalecerá el PDC. Superará a la UF en 1957 por las elecciones para la Asamblea Constituyente y en 1963 por las elecciones nacionales. En ambas ocasiones con el peronismo proscrito, la Democracia Cristiana no pasa del 5% de los votos. En las elecciones para convencionales constituyentes de 1957, la Democracia Cristiana obtuvo 420.606 votos (4, 83%) y consiguió elegir ocho representantes. La Unión Federal, por su parte, obtuvo 156.177 votos (1,83%) y consiguió elegir un representante. Si a esto sumamos los 8.928 (0,10%) que obtuvo el partido Unión Popular Demócrata Cristiana, tenemos que, en las elecciones constituyentes de 1957, los partidos de “inspiración cristiana” obtuvieron un total de 585.711 votos, lo cual representó el 6,76% del electorado. Esta participación disminuyó en las elecciones nacionales de 1958. En efecto, a nivel nacional, la Unión Federal obtuvo 15.844 votos, que significó el 0,17% del electorado. Mientras tanto, la Democracia Cristiana obtuvo 339.495 votos, que significaron el 3,74 % del electorado. Ambos partidos no alcanzaron el 4% del total (Mallimaci, 1996:174-175).

En el período comprendido entre 1958-1966 la Iglesia sufría un fuerte proceso de secularización la cual se manifestó en una etapa de profunda crisis de las organizaciones de cuadros católicos. Las organizaciones sindicales católicas como la JOC, en los años 1962 a

⁵ La Democracia Cristiana fue creada en 1955 por Manuel Ordoñez.

1964 mostraron un acercamiento a la CGT peronista al pronunciarse en contra de la división de la CGT. Asimismo, la crisis se hizo extensiva a otras organizaciones de apostolado como la A.C.A que experimentaba un paulatino “vaciamiento” el cual se evidenciaba en el decrecimiento del número de afiliados. Un proceso similar se dio en la Juventud de la A.C.A y en las numerosas organizaciones universitarias: Encuentro, Centro Argentino de Economía Humana, Juventud Universitaria Católica, Humanismo, etc. De este modo, las organizaciones juveniles se separan de la A.C.A rígidamente controlada por la Jerarquía y se vuelcan al peronismo revolucionario, la nueva izquierda y otros grupos armados.

Los que acentuarán esa línea de acercamiento pero comprometiéndose activamente con las luchas del pueblo peronista son los jóvenes de la JUC, los cuadros de la JOC (que se enfrenta con la jerarquía y desaparece como movimiento oficial de la Iglesia) y toda la conducción de la Juventud de Acción Católica (JAC), que renuncia masivamente luego de continuos roces con la estructura eclesiástica.⁶ Es un complejo proceso que requeriría un estudio más detallado y retrospectivo. El resultado más importante sería el vuelco de todos estos militantes hacia actividades de promoción humana, de fuerte contenido temporal, participación y compromiso por un cambio de estructuras. Se fortalecen entonces los Campamentos Universitarios de Trabajo, las Acción Misionera Argentina, y otros canales que reciben a estos jóvenes en transición desde organismos eclesiásticos burocratizados y jerárquicos (Pontoriero, 1991:16). Basta señalar al respecto que la JOC contó entre sus asesores con monseñor Angelleli y al Padre Miguel Ramandetti, y que los sacerdotes Carlos Mugica, Alejandro Mayol y Rodolfo Ricciardelli, que integrarían posteriormente el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), se desempeñaron como asesores de los jóvenes universitarios católicos (Obregón, 2005:29).

En síntesis, la labor cotidiana de estos “curas obreros” y las distintas actividades desarrolladas por jóvenes católicos militantes de la JUC y la JOC, demuestran un esfuerzo por separarse de la jerarquía eclesiástica y una apuesta al estrechamiento de vínculos con las

⁶ Entre 1964-1968 muchos jóvenes católicos comienzan a integrarse al peronismo revolucionario y a otras agrupaciones de izquierda. Más aún, grupos católicos de neto corte nacionalista de derecha, como Tacuara, sufren escisiones de izquierda al influjo del ejemplo cubano. Así en 1962 nacía el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), dirigido por Joe Baxter y José Luis Nell, embrión de las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), que contó con calificados militantes católicos como Miguel Zavala Rodríguez, el exsacerdote Arturo Ferré Gadea y Gerardo Ferrari (Pontoriero, 1991: 17).

bases de forma directa, lo cual da cuenta de una “*nueva forma*” de vincularse con la política desde la propia militancia. En el caso de los “curas obreros”, a diferencia de los curas obreros chilenos que simpatizaban con el PDC, en el período estudiado no se alistaron a ningún partido político ya que con el único con el que se identificaban se hallaba proscrito. A su vez desde 1959, en los partidos políticos de inspiración cristiana, como el Partido Demócrata Cristiano, también se abrió una revisión crítica; su pobre desempeño electoral y el poder de convocatoria del peronismo en las masas trabajadoras fueron causa de revisión. Así en 1961 surgió la línea “Apertura”, cuyo expositor más notorio fue Horacio Sueldo. La línea Apertura suponía un reconocimiento y una apertura a una corriente nacional y popular (Mallimaci, 1996:177)⁷.

El Concilio Vaticano II (convocado en 1959 y realizado entre 1962 y 1965) y los documentos que de él surgieron generaron una división en el campo católico argentino, no sólo en la jerarquía eclesiástica, sino en todos sus estamentos⁸. A saber, surgió una línea tradicional-conservadora, con cierta renuencia para aplicar las enseñanzas del Concilio; una línea progresista que asumió en general las líneas de renovación teológico-pastorales de la Iglesia europea, espacialmente provenientes de Francia y Alemania; una tercera línea que se diferencia de la anterior por un acercamiento mayor al pueblo y sus experiencias como centro de reflexión teológico-pastoral y una cuarta línea, más social y radical, que comenzó a ver en el socialismo la plena realización de los valores cristianos (Mallimaci, 1996:178)⁹.

La línea tradicionalista estaba compuesta por obispos que permanecían dentro de las coordenadas ideológicas del tomismo y que concebían a la Iglesia como una “sociedad perfecta”, que se oponía a los “errores” propios de la modernidad con la que se mostraban intransigentes. Inspirada más por una idea de “conquista” que por un “diálogo” con el

⁷ El acercamiento intentado por Horacio Sueldo en 1963, abriendo las listas partidarias a los candidatos peronistas proscritos no pasa de ser un acuerdo de cúpulas sin fuerzas en las masas.

⁸ En el trabajo de José Zanca (2006): *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad. 1955-1966*, se discute el supuesto de que tras el Concilio Vaticano II el campo católico se dividió dos grupos: preconciatares y postconciatares. En este sentido, el autor desarma algunos de los prejuicios más repetidos por la bibliografía acerca del catolicismo argentino, como la división dicotómica entre conservadores y progresistas, o la visión estática de un catolicismo siempre integrista, calificado de derecha en los años '30 y de izquierda en los años '60.

⁹ Sin duda fueron muchos los cambios que se produjeron en la Iglesia argentina, producto de la aplicación de las enseñanzas del Concilio. No debe perderse de vista que la aplicación del Concilio en el ámbito eclesiástico se dio en un contexto altamente sensibilizado: el gobierno de la “Revolución argentina” y el cercamiento de las libertades políticas y gremiales, al aparición de formas inéditas de protesta social como el Cordobazo, y el surgimiento y el desarrollo de la guerrilla urbana fueron factores, entre otros que repercutieron notoriamente en la institución eclesial. (Mallimaci, 1996).

mundo moderno, esta fracción episcopal permanecía aferrada a concepciones que habían madurado en el contexto de las primeras décadas del siglo XX¹⁰. Por otro lado, la línea conservadora seguida por sectores mayoritarios de la jerarquía católica, fueron tomando conciencia, con el paso del tiempo, de la imposibilidad de una vuelta atrás, a pesar de la desconfianza y del rechazo que sentían por los cambios introducidos por el Concilio Vaticano II. A diferencia de lo que ocurría con los tradicionalistas, para los conservadores no se trataba ya de impedir que entrara en la Iglesia el “espíritu conciliar”, sino de manejar los tiempos y los alcances de las reformas con el objetivo de amortiguar el impacto de las mismas sobre la Iglesia.

Finalmente, el sector renovador del catolicismo argentino se fue conformando en torno de unos pocos obispos de reciente designación, de un sector importante del clero - especialmente los sacerdotes más jóvenes- y de un conjunto de organizaciones del laicado católico, que ya desde antes del Concilio venían planteando la necesidad de promover cambios dentro de la Iglesia (Obregón, 2005: 28-46)¹¹. La corriente renovadora que surge en el catolicismo tenía por objetivo fortalecer el acercamiento con los trabajadores y los pobres en una línea a la Iglesia identificada con el derrocamiento de Perón y unida invariablemente al poder (Pontoriero, 1991:13). Los renovadores, minoritarios pero sumamente activos, se hacen fuertes en torno de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina y del seminario de Villa Devoto, donde descuella la figura del teólogo Lucio Gera. El giro social y la precaución de la Iglesia hacia el notorio avance que había conseguido el marxismo en esos años se expresó en la revista *Criterio*, dirigida desde 1957 por un joven y brillante prebitero, Jorge Mejía, que se constituye en una de las expresiones

¹⁰ La pérdida de posiciones dentro de la Iglesia, así como el aislamiento respecto de la sociedad moderna, llevó a los católicos tradicionalistas a reforzar sus vínculos con ciertos sectores de las Fuerzas Armadas, consideradas custodios naturales de los “valores inmutables” de la catolicidad. A través de una vasta red de canales institucionales y de redes personales, esta corriente del catolicismo argentino, junto con círculos muy influyentes dentro de las Fuerzas Armadas, habían forjado con el correr de las décadas un sustrato ideológico común, que se basaba en la identificación de la nación con un conjunto de elementos entre los cuales el catolicismo ocupaba un lugar central. En el nivel institucional, estos sectores encontraron un vínculo orgánico en el Vicariato Castrense para las Fuerzas Armadas. El Vicariato, que había sido creado en 1957, se convirtió en una formidable trinchera para los sectores tradicionalistas del catolicismo argentino, que encontraron en él una plataforma privilegiada para acrecentar su poder (Obregón, 2005: 40- 41)

¹¹ Monseñor Zazpe, monseñor Angelleli, monseñor Quarracino, monseñor Aguirre, monseñor Devoto y monseñor Podestá fueron algunos obispos que alentaron desde sus diócesis una reovación en el ámbito de los estudios teológicos, promovieron formas organizativas que favorecían la participación de los sacerdotes en la vida interna de la Iglesia y sostuvieron la necesidad de introducir cambios en las practicas litúrgicas y pastorales con el objeto de vincular de manera mas estrecha a la Iglesia con la sociedad.

más relevantes de la corriente posconciliar. Desde sus páginas, muchos de los temas que se discutían en los círculos renovadores del catolicismo europeo comienzan a formar parte de la agenda de discusiones en la Iglesia nacional (Obregón, 2005: 29)¹².

A partir de 1962 otra cuestión que vino a cambiar la manera en que los católicos argentinos se vincularon con la política fue el incipiente diálogo entre “marxistas y cristianos”. Este debate que se desarrolló en todo el mundo desde la posguerra y que se intensificó con el Concilio, había implicado para los católicos la incorporación de un lenguaje “de izquierdas”. Y, fruto de su proscripción política, en el contexto argentino ello supuso la incorporación del peronismo como tercer espectro ideológico¹³. En Argentina, los pioneros fueron Conrado Eggers Lan, Juan García Elorrio y el sacerdote italiano Arturo Paoli (Martín, 1992:166). El compromiso de la vida por los pobres y oprimidos, el trabajo entre marginados para educar su conciencia religiosa, civil o política, la crítica frontal a grupos gobernantes y militares, la oposición teórica y práctica al liberalismo; fueron elementos que estuvieron presentes en la práctica cotidiana de los “curas marxistas” y que dieron cuenta del vínculo de los curas con el “marxismo”, lo cual derivó, como mencionamos anteriormente, en una nueva forma de relacionarse con el ámbito político desde el trabajo con las bases, despreciando todo vínculo con la práctica política partidaria

¹² Desde 1932 *Criterio* fue dirigida por Monseñor Gustavo Franceschi, pero a partir de 1957 y ante la nueva coyuntura institucional argentina impuesta por la llamada *Revolución Libertadora*, la revista perdió poder de convocatoria y la dirección pasó a manos de Jorge Mejía. La nueva gestión buscó suavizar el perfil eminentemente *oficial* de la publicación renovando parcialmente sus enfoques hacia las discusiones propuestas en el Concilio. De hecho, Mejía produjo un recambio generacional en el consejo de redacción de la revista, que quedó conformado por Juan Costa, Carlos Florida, Felipe Freire, Jaime Potenze, Basilio Uribe y Manuel Artiles, entre otros. A partir de aquí la atención de la revista se enfocó principalmente en la cuestión del *desarrollo*, uno de los temas que suscitó mayor interés en los núcleos intelectuales y políticos de entonces. En estos años la irradiación de las ideas económico-desarrollistas fueron muy influyentes, sobre todo las de la CEPAL encarnadas en la figura de Raúl Prebisch. Pero el desarrollismo no se limitó al campo de la economía sino que se impuso como una lectura integral que abarcó diversas variables: la social, cultural, política y religiosa. Por su parte, *Criterio* insistía que acabar con el sub-desarrollo era una tarea impostergable. Y las vías para lograrlo eran dos: el cambio gradual o la revolución. En cualquier caso, afirmaba, se trataba de un hecho inminente. *Criterio* vio en el fenómeno marxista, y más precisamente en la vía revolucionaria, la emergencia de un paradigma poco conveniente a sus intereses e instó desde sus páginas a tratar el tema con responsabilidad (Ponza, 2008).

¹³ Teniendo en cuenta la complejización del movimiento católico, desde los años '30, y con particular énfasis en espacios como la Acción Católica, el número de militantes laicos del catolicismo fue creciendo de manera exponencial. Ello implicó, en el marco de un “sistema político” caracterizado por recurrentes intervenciones del poder militar a través de golpes de Estado, un importante volumen de “cuadros” católicos “en disponibilidad” para la actividad política. De allí que, ante la imposibilidad de los partidos políticos para formar “cuadros”, el movimiento católico poseyera ese bagaje necesario. De este modo, en los '60 y '70, gran parte de los “activistas católicos” pasarán a formar parte de distintas experiencias “contestatarias”. Ello nos conduce a postular, la existencia de una “conexión de sentido” entre “renovación conciliar” y “la opción por la lucha armada”, expresada claramente en Montoneros (Donatello, 2008).

tradicional. Resulta pertinente subrayar que la idea del *socialismo* como ideal de orden político, social y económico ejerció en estos años una gran seducción. El socialismo era pensado entonces como un horizonte y como una fórmula de solución a problemas como el hambre, la pobreza, el analfabetismo y las desigualdades. Para muchos, incluidos los cristianos, el socialismo era una opción política posible, es decir, era una opción entre otras (Ponza, 2007).

Los católicos chilenos

Desde la década de 1950 se venían produciendo reformas que contribuyeron a la democratización de la política, al menos desde un punto de vista formal. Producto de la coyuntura internacional generada por la Guerra Fría es donde se inscribe la decisión del presidente González Videla de colocar al Partido Comunista fuera de la ley, arrebatándole sus derechos civiles y políticos. De este modo, el PC fue proscripto del sistema de partidos durante diez años mediante la sanción de “Ley de defensa de la democracia” o “ley maldita” (1948-1958). En 1958, luego de su derogación, se establece la cédula única, poniendo fin al cohecho que distorsionaba los resultados electorales. También aumenta notablemente el número de votantes, gracias a que las mujeres tenían derecho a votar en las elecciones parlamentarias y presidenciales a partir de 1949. Asimismo, en 1962 se hace obligatoria la inscripción en los registros electorales por lo que desde 1970 pudieron votar los analfabetos y se bajó de 21 a 18 años la edad mínima para participar en las elecciones. Gracias a esas reformas, el electorado aumentó de forma notoria, con lo cual las elecciones fueron mucho más representativas de la voluntad nacional. Como a partir de 1958 se prohibieron los pactos electorales a nivel provincial y se dificultaron los pactos nacionales, las disputas inter-partidarias para captar estos nuevos electores fueron sin cuartel, en un marco de polarización política producto de la Guerra Fría. En este sentido desde comienzos de la década de 1960, el país estaba en una fase progresiva de radicalización de las opciones políticas. Tanto la democracia cristiana como la alianza de la izquierda, postulaban (en distinto grado) cambiar la sociedad.

En este contexto se inscribe la formación y el posterior crecimiento de la Democracia Cristiana. El Partido Demócrata Cristiano se funda oficialmente el 28 de julio

de 1957, producto de la fusión de la Falange Nacional, el Partido Conservador Social-cristiano y pequeñas agrupaciones independientes como el Partido Nacional Cristiano y el Partido Agrario Laborista. Entre 1958 y 1963 el PDC experimenta su crecimiento más importante, para lo cual tuvo vital importancia el apoyo de católicos independientes, especialmente de estudiantes universitarios y mujeres que encontraban muy atractivos los fundamentos religiosos del PDC. La Democracia Cristiana, nació como un partido de masas que creció del 9,4% en las elecciones parlamentarias de 1957, al 22,8% en 1963 y a más del 40% en 1965 (Grayson, 1968). Tan espectacular crecimiento se explica por la declinación de la derecha y del Partido Radical, así como por el aumento de un electorado de sectores medios y bajos, que se sintió atraído por el discurso reformista del nuevo partido (Correa, 1989). También contribuyó a ese crecimiento, el respaldo oficioso que recibió de la jerarquía eclesiástica, que hasta la década de 1950 se había identificado con el Partido Conservador. En este sentido, los cambios producidos en la Iglesia Católica a través del Concilio Vaticano II la llevaron a defender a posiciones políticas más reformistas y populares identificadas con el Partido Demócrata Cristiano, lo cual constituyó un golpe de muerte para el Partido Conservador. Por último, la transformación de la Democracia Cristiana en el partido más grande del país se explica por la labor proselitista que otras agrupaciones católicas venían desarrollando en áreas rurales desde finales de la década de 1930, con la creación de instituciones como la Federación Sindical Cristiana de la Tierra, organizada por Emilio Lorenzini.

En este contexto cabe preguntarnos acerca cómo los católicos se vinculaban con la “política”. En principio, podemos afirmar que el campo católico chileno es más homogéneo que el argentino. La principal razón que sostiene este argumento radica en que la Iglesia chilena, a diferencia de la argentina, se presentó mejor predispuesta a los nuevos postulados teológicos, litúrgicos y pastorales propuestos por el Concilio Vaticano II. De todos modos, el sector más conservador y hegemónico en el seno de la Iglesia, emparentada con los valores latifundistas y casi feudales en su pensamiento sobre las relaciones sociales, se enfrentó con el sector renovador de la jerarquía, pero el tamaño del conflicto no llegó a fracturar el campo católico como ocurrió en el caso argentino. Asimismo, fue a partir del crecimiento del PDC que el discurso reformista fue ganando terreno dentro de la institución. Tras la creación del PDC, si bien el partido en cuestión no era confesional, gran

parte del campo católico siguió el discurso de Eduardo Frei. Por ejemplo, en el programa electoral del PDC de 1964, se sostenía que la mayoría de chilenos vivía más allá de las vallas sociales, políticas y económicas de la sociedad debido a la pobreza, analfabetismo y mala salud. Por tanto, era necesario implementar políticas que tuvieran por objetivo integrar a los sectores sociales más desfavorecidos a la política. Este postulado consiguió sumar una gran parte de los católicos preocupados por la cuestión social.

A diferencia del caso argentino -donde los católicos despreciaban todo vínculo con las estructuras partidarias-, los social-cristianos chilenos ponderaban la vía institucional mediante su activa participación en el PDC. Para explicar esto es necesario remitirse a la larga tradición de “estabilidad” partidaria característico del sistema político chileno al menos hasta la década de 1970. Estos católicos, aferrados a la política parlamentaria, eran defensores de las tradiciones republicanas y democráticas en Chile por lo que condenaban todo acto que implique el uso de la violencia. Es pertinente destacar que tanto la visión reformista como el desprecio por la “vía armada”, eran principios defendidos no solo por los social cristianos, sino también por todo el conjunto partidos políticos incluyendo el PS y el PC que representaban el sector más reformista de la izquierda. Hacia 1965, en oposición éstos, el MIR era la única agrupación de izquierda que se pronunciaba a favor de “la vía armada”, bajo la forma de una “guerra revolucionaria” la que conduciría al socialismo (Palieraki, 2000).

De acuerdo con los planteamientos conciliares, durante la segunda mitad de la década del sesenta, es posible encontrar la influencia directa de los “curas obreros”, que al igual que en el caso argentino, asumieron una opción de compromiso con los pobres a través de la convivencia cotidiana en las industrias y en las poblaciones. De este modo, muchos sacerdotes y religiosas se marcharon a vivir a las poblaciones y se insertaron a través del trabajo en el mundo obrero, con el anhelo de distanciarse primero y romper después con la sociedad burguesa a la que sentían que la jerarquía estaba estrechamente vinculada. Este sector fue influido por el cristianismo francés de postguerra, el cual representaba una alternativa al liberalismo y al colectivismo socialista. El compromiso social cristiano quedó plasmado en la acción de un grupo de curas obreros, que constituyeron el Movimiento Obrero de Acción Católica (MOAC), fundado por José Aguilera Beldar en 1960 tras participar activamente de la Acción Católica (Bravo y Gascón 2002).

Respecto a la esfera política partidaria, estos católicos prestaron su apoyo directo a la candidatura de Eduardo Frei en oposición a Salvador Allende en 1964. En este sentido, la Doctrina social-cristiana estuvo íntimamente ligada al rápido proceso de emergencia y consolidación del PDC. Aunque en sus orígenes era marginal en la Iglesia chilena, la llegada al poder de Eduardo Frei motivará una renovación en las cúpulas eclesiásticas con el nombramiento de algunos obispos clave para el éxito del proyecto político y social del PDC. Entre ellos destacaron Carlos González, Rafael Contreras, Raúl Silva Henríquez y Manuel Larraín. En lo que se refiere al diálogo entre “marxistas y cristianos”, se da en la década de 1970 donde en el movimiento universitario crece una generación de militantes católicos, integrantes de las Juventudes Demócrata Cristianas, que postulan el marxismo como la teoría filosófica en la que debe basarse la praxis del cambio social. Un marxismo distinto al de los partidos de la izquierda tradicional, el núcleo motor de lo que se ha venido en llamar la segunda vía al marxismo (Bravo y Gascón 2002).

Finalmente, cabe señalar que el período de mayor radicalización política y católica en Chile fue a partir de 1965 cuando comenzaron a formarse una serie de partidos y movimientos que fueron expresión del "guevarismo" en sus diferentes opciones. De este modo, en 1965 se formó el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR), producto de la fusión de varias agrupaciones políticas y corrientes ideológicas: trotskistas, maoístas, anarquistas y anarcosindicalistas y disidentes del PS y del PC (Palieraki, 2000). Hacia la década del setenta dos importantes escisiones en la militancia de los social cristianos: el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU)¹⁴ y la Izquierda Cristiana (IC)¹⁵ pasan a formar parte del MIR.

Estas organizaciones: MAPU y IC, se transforman en nuevos referentes políticos de convergencia entre cristianos y marxistas que se integran en la coalición de la Unidad Popular (UP), bajo una clara hegemonía comunista-socialista que llevará al poder a Salvador Allende en 1970. La radicalización del pensamiento social cristiano se explica por las discrepancias surgidas con el reformismo desarrollista del PDC, al aumentar las contradicciones internas y

¹⁴ El MAPU nace en 1969 bajo el liderazgo de Rodrigo Ambrosio y de otros destacados militantes de las Juventudes Demócratas Cristianas (JDC).

¹⁵ La IC se forma en 1970 con militantes escindidos del PDC y del MAPU, definiéndose como un partido de socialistas cristianos.

defraudar las expectativas campesinas sin lograr resolver los grandes temas de fondo como el subdesarrollo y la profundización democrática.

Conclusión

Considerando lo dicho anteriormente, hemos visto que en Argentina se formaron partidos con tendencias social-cristianas como el Partido Demócrata Cristiano y la Unión Federal, con un desempeño electoral poco significativo, no superando el 5% de los votos a pesar de que el partido más numeroso, el Peronismo, se hallaba proscrito. Los católicos renovadores despreciaban toda actividad partidaria, optando por una “nueva forma” de vincularse con el ámbito político a partir del trabajo con las bases. Es posible afirmar, que este fenómeno se debe principalmente a que en 1955 todos los partidos, incluyendo a la Iglesia Católica, apoyaron la llamada “Revolución Libertadora” y la proscripción del peronismo (Caimari 1995). Esta situación llevó a que los católicos descreyeran de las estructuras partidarias, cuestionando y desafiando a la jerarquía eclesiástica. Ahora bien, los católicos renovadores en Argentina, en líneas generales, no se vincularon con la Democracia Cristiana ya que ésta apoyaba a los grupos más liberales de la Revolución Libertadora, por tanto estos católicos preconciarios tenían una mayor afinidad con el Partido Peronista y se sentían más identificados con la doctrina peronista que con la doctrina social cristiana, pese a que esta última los haya influenciado en cuanto al nuevo modo de vincularse con la política.

De este modo, surgió una nueva forma de militancia católica que tuvo su origen ideológico en la preocupación por la cuestión social, apostando por “una nueva Iglesia”: la *Iglesia del Pueblo* vinculada a las transformaciones del Concilio Vaticano II, esto se evidenció en el trabajo de curas en “villas miserias”, barrios obreros, etc. A su vez, jóvenes católicos militantes en la JOC y la JUC comenzaron a trabajar en misiones rurales y barrios urbanos marginales, teniendo sus primeras experiencias directas con los pobres. Estos católicos adhirieron a un reformismo que circuló por fuera de las instituciones vigentes. La tensión eclesial fue consecuencia de la incapacidad de la jerarquía de dar espacios y cauce institucional a las propuestas renovadoras del Concilio Vaticano II. De modo que la radicalización conservadora, lejos de atenuar el ímpetu del clero progresistas, no hizo más

que exasperarlo y aumentar la virulencia de sus críticas. De este modo, muchos de los católicos que optaron por la política de base son aquellos que posteriormente “tomaron las armas” y se radicalizaron. Esto se ve claramente en la militancia de jóvenes que pertenecían a la Acción Católica y que luego pasaron a formar parte de Montoneros.

En Chile el PDC, desde su conformación en 1957, implicó un momento crucial de cambio del sistema de partidos, ya que al convertirse en el nuevo “centro” desplazó de ese lugar al antiguo Partido Radical. El partido fue creciendo notablemente hasta que en 1964, con Eduardo Frei como líder, consiguió llegar a la presidencia, instancia en que el apoyo de católicos independientes fue de suma importancia. Asimismo, los católicos chilenos encontraron muy atractivos los fundamentos religiosos del PDC por lo que se vincularon directamente con el partido, que a diferencia del caso argentino, pudo canalizar las preocupaciones del sector renovador del campo católico. Por tanto, resulta evidente que los social-cristianos optaron por un camino reformista dentro de la estructura partidaria. A modo explicativo, resulta pertinente señalar que esta tendencia se inscribe en dos características típicas del sistema político chileno. Por un lado, en el temprano surgimiento de partidos que caracterizó al sistema político chileno desde la década de 1850. Esta “tradicción partidaria” es lo que llevó no solo los social cristianos sino los partidos políticos a optar por la defensa las instituciones republicanas en detrimento de la violencia. Por otro lado Chile, a diferencia de otros países latinoamericanos como Argentina, a lo largo de su historia también caracterizó por una supuesta “estabilidad política” determinada por la ausencia de golpes de estado (al menos hasta 1973), que ha condicionado y marcado la actividad de los partidos políticos dentro del sistema parlamentario. En el caso de los socialcristianos, la (des-)legitimación de la violencia se explica por la concepción institucionalizada que tienen de la política, la cual era compartida por el resto de los partidos inclusive por la izquierda. Según estos católicos, la utilización de la violencia era inapropiada para lograr transformaciones sociales, ya que éstas deberían llevarse a cabo mediante la acción conjunta entre el gobierno elegido y el Parlamento. En Chile, la radicalización católica se evidencia en la conformación del Movimiento de "Cristianos por el socialismo"; y más tarde en la Izquierda Cristiana. Sin embargo, a diferencia del caso argentino, los católicos social-cristianos condenaban abiertamente la “violencia revolucionaria”.

Finalmente, lo novedoso del período estudiado no es tanto la “nueva Iglesia” que surge a partir de las reformas del Concilio Vaticano II, sino la “nueva forma” en que los católicos se vinculan con la política a partir de la transformación de la mentalidad de amplios sectores del catolicismo. Este nuevo vínculo de los católicos con la política tiene su origen tanto en Chile como en Argentina en el trabajo de los “curas obreros” comprometidos con la causa de los pobres, trabajos en áreas suburbanas, asentamientos informales, pueblos marginados, universidades, parroquias, áreas rurales, etc.

Bibliografía

Bravo Covarrubias, Irma y Gascón Martín, Felipe, “Cristianismo y Marxismo en Chile: Paradojas comunicacionales y espacios de convivencia”, *PCLA*, Vol. 3, septiembre 2002.

Caimari, Lila: *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995.

Cash Molina, Jorge. *Bosquejo de una historia*. Santiago: Imprenta Pucará, 1986.

Castillo Velasco, Jaime. *Teoría y práctica de la Democracia Cristiana chilena*. Santiago: Editorial del Pacífico, Instituto de Estudios Políticos, 1973.

Catalán, Gonzalo, “Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile: La Revista Estudios, 1933- 1938”, en: Brunner, Josi Joaquín y Catalán Gonzalo, *Cinco Estudios sobre Cultura y Sociedad*, FLACSO, Santiago de Chile, 1985.

Codesido, Lucas, Dawyd, Darío: "Liberación" en *Cristianismo y Revolución* y en la CGT de los argentinos. Un ejercicio de análisis conceptual, s/f. Disponible en: www.cedinci.org/edicionesdigitales/cristianismo.htm.

Correa Sofia, “La derecha en Chile contemporáneo: la pérdida de control estatal”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. XI, nº 1, Pontificia Universidad Católica, Santiago, 1989.

----- *Con las Riendas del Poder. La Derecha Chilena en el Siglo XX*. Ed. Sudamericana, Santiago, Chile, 2005.

Díaz Nieva, José. *Chile: de la Falange Nacional a la Democracia Cristiana*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2001.

Donatello, Luis Miguel: “Sobre algunos conceptos para comprender las relaciones entre religión y guerrilla en la Argentina de los ´60 y ´70”, Revista electrónica: *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, Debates, 2008.

Frei Montalva, Eduardo: *Memorias 1911-1934*. *Correspondencia con Gabriela Mistral y Jacques Maritain*, Planeta, Santiago de Chile 1989.

----- “Ver y Juzgar”, en: Eduardo Frei, Radomiro Tomic, Jaime Castillo, Genaro Arriagada, *Democracia Cristiana y Partido Comunista*, Editorial Aconcagua, Santiago, 1986.

Gazmuri Riveros, Cristián. *Eduardo Frei Montalva y su época*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones Ltda., 2000.

Grayson George, *El Partido Demócrata Cristiano de Chile*, Santiago 1968

Guilisasti Tagle, Sergio: *Caminos de la Política*, Editorial Universitaria, Santiago, 1959.

Hübner Gallo, Jorge Iván. *Los católicos en la política*. Santiago: Zig-Zag, 1959.

Lanusse Lucas: *Cristo revolucionario. La Iglesia militante*, Javier Vargas Ed., Buenos Aires 2007.

Mallimacci, Fortunato: “Iglesia, Estado y Sociedad en la Argentina”, en: AA.VV., *Sociología de la religión*, Ed. Docencia, Buenos Aires, 1996.

Martín, José Pablo: *Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Un debate argentino*, Editorial Guadalupe / Ediciones Castañeda, Buenos Aires, 1992.

Morello, Gutavo: *Cristianismo y Revolución. Los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*, EDUCC, Córdoba, 2003.

Moulián Tomás, “El sistema de partidos en Chile”, en: Cavarozzi, Marcelo; Abal, Medina Juan (comps.). *El asedio de la Política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*; Homo Sapiens- Fundación Konrad Adenaves, Rosario, 2003, PP. 241-257.

Obregón, Martín: *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del "Proceso"*, Editorial: Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 2005.

Palieraki, Eugenia, “Las manifestaciones callejeras y la experiencia de la unidad popular (1970-1973)”, *Pensamiento crítico. Revista electrónica de Historia*, N° 3, 2000.

Pontoriero, Gustavo: *Sacerdotes para el Tercer Mundo: el fermento en la masa (1967-1976)* I y II, Biblioteca Política Argentina ns. 308 y 309, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1991.

Ponza, Pablo, “El Concilio Vaticano II y el *ethos* revolucionario en la Argentina de los sesenta”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, 2008, Puesto en línea el 08 junio 2008. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/index29443.html>.

----- *Los intelectuales críticos y la transformación social en Argentina (1955-1973). Historia Intelectual, discursos políticos y conceptualizaciones de la violencia en la Argentina de los años sesenta- setenta*. Tesis doctoral presentada en Universidad de Barcelona, 2007. Disponible en: <http://www.tdx.cat/TDX-0716107-121126>.

Zanca, José, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad. 1955-1966*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006,